

gala el otro; y jurados y caballeros sostenían el palio que debía cobijar al César. Las sedas, las veneras, las preciosas tocas por todas partes resplandecían: Carlos vestía un sencillo traje de paño negro; y al presentarle los dos caballos, escogió el enlutado. En la majestuosa comitiva alternaban con los de Mallorca los más ilustres apellidos de Castilla, que acompañaban al Emperador á la expedición de Argel: más de treinta mil combatientes iban en las embarcaciones y á poco tomaban tierra; jamás tan brillante concurso se había dirigido á las puertas de Palma. Sobre un arco de triunfo, erigido en la del muelle, la piadosa lealtad de los isleños figuró al beato Raimundo Lulio en un niño vestido de blanco, con un libro en la diestra y báculo en la izquierda, á Santa Práxedes en una doncella que llevaba vestido de terciopelo y corona, y á la ciudad en otra suntuosamente ataviada; y todos tres por su turno saludaron al Emperador en versos latinos, y le animaron á dar cima á la empresa. A poco el edificio de la Lonja se alzó bello y delicado á los ojos de Carlos, quien espoleando el caballo y adelantándose para contemplarlo mejor, alabó su gran gentileza; y es fama que al saber no era iglesia como creyó, sino fábrica civil, el regocijo de su corazón asomóle al rostro, y él más que todos los encomios dijo cuanto estimaba tener en su corona tan rica joya. Otro arco triunfal, erigido por los mercaderes, le recibió en la calle de San Juan: después de atravesar el Borne, que rebosaba en gentío, grande estruendo de salva y de clarines partió de la casa de los pelayres, vistosamente entoldada de varios colores; y al llegar á Santo Domingo, los elogios que prodigó á la portada pudieron justamente envanecer á los mallorquines de su séquito. Admiráronle en la plaza de los Jurados, hoy de Cort, la riqueza de los paramentos y la muchedumbre del concurso; mas como un rumor de grillos y cadenas, y las voces que implorando misericordia salían de la cárcel, viniesen á distraerle, hubo compasión de aquellos desventurados, y vuelto el rostro á las rejas, prometió que cuidaría de hacerles gracia. Un arco

triumfal, que se apoyaba en la casa de los Jurados, dióle entrada en la plaza de Santa Eulalia; y la inscripción, que decoraba su frente, en cuatro iniciales decía sobre cuanta libertad se asentó desde la conquista el gobierno de Mallorca (1). Por la calle de Morey pasó á la de la Almudayna; y al desembocar detrás de Santo Domingo, recibieronle en procesión el obispo y el clero. Apeóse á adorar la veracruz que tenía el prelado, bien que su dolencia de la gota le forzó á montar de nuevo á caballo: cobijado por brillantes cobertizos, atravesando un arco costado por el cabildo, entre las aclamaciones y el són de los instrumentos que en el balcón de la *Almoyna* (2) tañían, descabalgó á la puerta de la Catedral; y hecha dentro oración, salió por la del Mirador, pasó por otro arco triunfal y entró en el palacio, que ostentaba gran riqueza en muebles y colgaduras. Tres días duró la fiesta, y tres noches la ciudad encendió sus luminarias: haciendo voluntaria relajación de sus franquicias, hospedaban los mallorquines á los cabos y principales caballeros del ejército y real servidumbre; sucedíanse los banquetes y los festines cortesanos; competían los naturales con los recién venidos en la gala y bizarría; y con grande esplendidez abastecíase de víveres y refrescos á toda la gente de mar y tierra. Tanta magnificencia, el lujo de los nobles, la vistosidad de los adornos, la grandeza de los edificios, las demostraciones de lealtad vivísimas, movieron al Emperador á decir que encontrado había un pueblo ignorado y un reino oculto.

No el alegre rumor del sarao animó las reales cámaras: el cúmulo de los negocios robaba al César sus momentos, y aun cuando así no fuera, el luto que por la emperatriz vestía, y más que todo su melancolía habitual y el ahínco que empleaba en la expedición de Argel, bastaran á retraerle de todo esparcimiento

(1) La inscripción decía:

Divo Carolo V. Cæsari Augusto, fortissimo, optimo, triumphatori, S. P. Q. M.

(2) Casa de la limosna.

cortesano. Así, oídas benignamente las peticiones que á favor de Mallorca le presentaron los Jurados, á 18 de aquel mes, con grande acompañamiento, seguido de muchos nobles é isleños que quisieron ser con él en la empresa, se fué para el muelle, y por el camino, como recordase lo prometido á los encarcelados, proveyó que se pusiese en libertad á los no culpables de crímenes de trascendencia. Hecho esto y apeado de su mula, el almirante Andrés Doria le recibió en el mismo puente por donde había desembarcado, y por el cual ahora entró en su galera; y dando la vela, partió la armada haciendo estrepitosa salva, mientras en la playa los isleños la saludaban con aclamaciones y plegarias, que no pudieron parar los reveses de la fortuna ni conjurar la furia de los elementos.

Ahora, borradas las pinturas, destruídos los artesonados techos, alterada la disposición primitiva de las cámaras, ya no recibe el palacio á los reyes, ni resuena con la música y los festejos. Los aposentos del homenaje conservan tristes señales de haber servido de cárcel (a), y las medio borradas inscripciones que salpican sus paredes llenan de melancolía al que recuerde cuánta grandeza vió en mejores días aquel edificio. No más góticas vestimentas, no más doncellas ni pajes apuestos, no más deporte de caballeros ancianos y noveles:—con el postrer vislumbre del crepúsculo espiran las ilusiones, las sombras y el silencio reinan en aquellas salas, y la gran mole del palacio destácase en negra silueta sobre el fondo azulado y purísimo del cielo.

(a) Fuéronlo desde los tiempos de los reyes de Mallorca para los reos de estado, no precisamente para caballeros y privilegiados, que tenían en la ordinaria especial alojamiento. En ellos custodió el gobernador Centelles á los partidarios del infortunado Jaime III prisioneros en la batalla de Lluchmayor; allí trabajaba en la piedra filosofal por cuenta de Juan I el alquimista Lustrach; allí en el reinado del II rebotaban infidentes mallorquines y rebeldes catalanes; y los libros de data patrimoniales nos suministrarían año por año trágicas notas de los detenidos con guardas de vista, y algunos allá mismo secretamente ajusticiados, uno de ellos por obra de la germanía su iniciador Juan Crespi. En épocas posteriores fué menudeando el uso de la torre para encierro de la clase distinguida, la cual por lo costosa y por lo dura no agradecía bastante tamaña honra, reclamando una y otra vez los jurados contra este abuso de los virreyes.

ADICIÓN AL CAPÍTULO SEGUNDO

El palacio de los reyes de Mallorca

RECOBRO la isla en 1298 á su buen rey Jaime II, y en los doce años que disfrutó todavía de su paternal gobierno, vió desenvolverse con más vigor que nunca los gérmenes de su prosperidad, y surgir del removido suelo sus instituciones y sus leyes, sus villas y sus monumentos. Entonces al sombrío palacio de Mudjehid y de los Beni Ganyas, cuyos arábigos primores, si los tuvo, ensangrentaban tantos recuerdos, y tan recios ataques habían maltratado, reemplazó el actual en la forma que tiene hoy día... no en ésta precisamente... en la que tenía, antes de que obras mezquinas y sin concierto fuesen alterando la unidad de su plan majestuoso, antes de que se adaptara á usos y destinos para los cuales no había sido formado, antes de que viniera al suelo su parte más monumental, la grandiosa y elevada torre del *Angel* que le daba el aspecto de alcázar. Entonces su lienzo oriental, vuelto hacia la Seo, no parecía anonadado como ahora por la soberbia mole del templo, ni presentaba la desnudez é irregularidad que hoy, elevándose á mayor altura sus tapias y sus tres torreones avanzados, ceñidos tal vez de almenas,